

JAMES KELMAN

*Era tarde,
muy tarde*



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

JAMES KELMAN

Era tarde, muy tarde

Traducción de
Vicente Campos

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

La mayor parte del texto original de esta novela está escrito en un dialecto local del inglés que se habla en Escocia, el *working-class glaswegian*, la forma de hablar del lumpen de Glasgow, en un registro muy bajo del habla. Un buen número de rasgos diferenciales –expresiones, giros idiomáticos, localismos– se pierden irremisiblemente en la traducción. No obstante, hecha esta salvedad, dígame también que la riqueza, porosidad y densidad de lo narrado –así como del fragmento de vida que se cuenta en estas páginas– pueden expresarse en cualquier registro, por bajo que sea. Sólo cabe esperar que se haya conseguido en esta versión un pálido reflejo de la fuerza del original de James Kelman.

Te despiertas tirado en una esquina y te quedas ahí, deseando que tu cuerpo desaparezca, los pensamientos te agobian, pensamientos, pero quieres recordar y afrontar lo que sea; algo te lo impide una y otra vez, y no puedes, las palabras te llenan la cabeza: palabras y más palabras, algo va mal, muy muy mal, no eres un buen tío, no, no estás bien. Vas recuperando poco a poco la conciencia, te das cuenta de dónde estás: aquí tirado en esta esquina, con todos esos pensamientos en la cabeza. Y, dios, cómo le dolía la espalda, se le había quedado rígida, y tenía la impresión de que la cabeza iba a estallarle. Se estremeció y se irguió un poco, encorvando los hombros, cerró los ojos, se frotó los rabillos con las puntas de los dedos y vio un montón de puntos y lucecitas. ¿Dónde cojones...?

Estaba aquí, apoyado en los barrotes viejos y oxidados de una verja, algunos eran puntiagudos, otros faltaban o se habían roto. Volvió a mirar y vio que estaba en un pequeño arriate de hierbajos. Los pies reaparecieron ante sus ojos. Los examinó: llevaba un par de zapatillas deportivas viejas que quién sabe de dónde coño habrían salido porque en su puta vida había visto aquellas zapatillas de mierda, tío, en su puta vida. Ni siquiera tenían atados los cordones. ¿Dónde estaban sus zapatos de cuero? Tío, un par nuevecito de zapatos que se había comprado hacía quince días y ahora los había perdido, joder, no sé si me entiendes, alguien se los debía de haber birlado, cabronazos, ¿qué le vas a hacer? Y luego lo habían dejado con esas deportivas. Menuda mierda de intercambio. A no ser que creyeran que estaba muerto; sí, es posible, podía imaginárselo; un pobre desgraciado rascándose y pensando: no hay moros en la costa, así que por qué no quitárselos, el tipo está muerto, llévatelos, mejor que te los lleves a que se queden ahí y se desperdicien, que acaben desintegrados para siempre, dios, así que por qué no vas a llevártelos. Puto cabrón, debió

comprobarlo mejor. A lo mejor lo hizo, y vio que, coño, no estaba muerto así que hizo un intercambio y le calzó las deportivas.

A la mierda. Sacudió la cabeza y levantó la mirada: gente..., había gente ahí, ojos que le miraban. Esos ojos que miraban. Brillaban con fuerza, le deslumbraban y tuvo que protegerse sus propios ojos por su culpa; era como si fueran figuras divinas y la luz que emitían también lo fuera, aunque era posible que sólo se tratara del sol que ya brillaba en lo alto, a sus espaldas, por encima de los hombros de los desconocidos. A lo mejor eran turistas; sí, debían de ser turistas; gente de fuera de la ciudad que había venido para algún puto rollo de negocios. Y ahí estaban, por gentileza de la oficina de promoción turística del ayuntamiento, en una visita guiada, conducidos por alguna preciosa funcionaria de relaciones públicas con su elegante traje chaqueta y sus labios púrpuras esbozando una sonrisa silenciosa; ella lo había visto tirado, pero estaba obligada a no ocultar las cosas, a llevar a estos caballeros de fuera a todas partes porque ése era su deber, para que lo vieran todo, el paquete entero, porque seguramente era parte del trato y si no se lo enseñaban todo no iban a invertir las fortunas que tanto les había costado ganar, eso a veces es necesario, tío, si eres empresario, ya sabes de qué van estas historias. Pues muy bien, así que haces tu papel y les sonríes para que sepan que tú sabes que existe una vida distinta a ésta en la que te han visto, que no es la única

esta vida que llevas, ésa forma parte de otro tipo de historia, que ellos ya conocen porque se la han contado los organizadores de los actos promocionales. Así que, tío, enróllate, un poco de solidaridad municipal, ya sabes, y Sammy el temerario se pone de pie. Luego se arrodilló para atarse los cordones de las deportivas, esforzándose para que no se le notaran los temblores y, joder, se dio cuenta de que llevaba puestos sus pantalones buenos. Estaban manchados. ¿Cómo coño era posible que llevara los pantalones buenos, dónde cojones estaban sus vaqueros? Ah, mierda, controla. Ponte de pie y anda, de pie y anda; que vieran que no se tambaleaba, que no daba tumbos, que estaba bien, de puta madre, Sammy el temerario, y lo estaba consiguiendo, estaba en marcha, iba a algún sitio; avanzó, dobló la esquina del callejón, y allí había otro tipo que le miraba. ¿Por qué coño le miraban todos? Éste tenía una cara grande, de bebedor de cerveza, ojos penetrantes y húmedos, y llevaba un viejo impermeable con cinturón, andrajoso de cojones; le miraba; no, más que mirarle, le clava-

ba la mirada, tan fija y descaradamente que Sammy pensó que a lo mejor era el que le había robado los zapatos. ¡Que te den! Sammy le devolvió la mirada y luego se palpó los bolsillos; necesitaba pasta, un pitillo, lo que fuera, cualquier mierda menos esto, este andar por ahí tambaleándose, como un puto vagabundo borracho. Volvió a ver a los turistas a lo lejos. Pero no eran turistas, no, esta vez eran pasmas, los muy cabronazos, se les olía, aunque no llevaran uniforme. Se les olía a kilómetros. Sammy los reconocía, claro que sí, por sus ojos; si sabes cómo son sus ojos puedes reconocerlos, esos ojos, se te quedan grabados. Y hasta le pareció que los conocía personalmente, de algún sitio, quién sabe.

Pero se decidió. Ahí y en ese momento. Ahí mismo tomó la decisión.

Y sonrió; sonreía por primera vez desde hacía muchos días. Me entiendes, ¿no?, por primera vez en muchos días podía sonreír. Que les den por culo. Que les den a todos. Se reajustó la chaqueta en los hombros, se la estiró por delante y comprobó si llevaba corbata..., claro que no llevaba. Se dio unas palmadas en los codos y en el culo de los pantalones para quitarse el polvo, y notó una mancha grande y húmeda en la zona donde había estado sentado. Qué más da. Volvía a sonreír, luego dejó de sonreír y fue detrás de ellos, con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones, hasta que se pararon para echar un vistazo a algo, entonces les entró, sin más, y quedó claro que a ellos no les hizo gracia, a ellos, con sus ropas de civil no les hizo gracia:

Eh, colega, necesito una libra. No me gusta pedir. Sammy se encogió de hombros. Para seros sinceros, es porque anoche estuve privando, ni puta idea de lo que pasó después, salvo que se me acabó la pasta. Llevaba la paga encima y también ha desaparecido, algún hijo de puta me la robó, me parece. No sabéis lo peligroso que es andar por las calles últimamente. Ya sabéis a qué me refiero, hoy en día, uno nunca está seguro en la calle.

Pero a estos pasmas les importas un carajo, pasan de ti, tío, a no ser que seas un millonario de mierda o les hables como es debido.

El tipo que estaba más cerca de Sammy pareció un poco desconcertado por esa entrada por las bravas; miró a su amigo entornando los ojos durante un segundo, como para pedir una segunda opinión. Así que Sammy se lanzó rápido, pero controlando: a ver, dijo, para seros sincero, cobré la paga y me fui directo al garito con un par de colegas,

y una cosa llevó a la otra; me desperté en donde dios perdió el culo, joder, para volver a casa tenías que coger vientidós autobuses, me seguís, ¿no?, una pasada. Eso fue esta madrugada; sólo me quedaba pasta para el billete de vuelta al centro de ciudad. Y tengo que volver a casa, por mi mujer, se estará volviendo loca, a punto de explotar. Y, ya que estamos, ¿qué día es hoy?

Ellos estaban ganando tiempo, fingiendo que no les interesaba su rollo. Pero Sammy sabía de qué iban y no les quitaba ojo; cambió de postura, relajó las rodillas, se preparó. A ver, dijo, ya he conseguido sacar media libra, pero me hace falta otra media, por eso estoy pidiendo, una libra, para pillar un tren de vuelta a casa, cincuenta peniques no dan para nada, sé lo que os digo, treinta chelines o nada.

Vete a la mierda.

A ver, te aviso

Imbécil de mierda... El que hablaba se tapaba la boca con la mano como si quisiera ocultar que estaba hablando.

¿Estás bien, colega?, ¿te duelen las muelas?

Pírate.

Sammy se limitó a aspirar hondo por la nariz y se quedó quieto, mirando al tipo como si su inesperada reacción le hubiera confundido. Pero estaba preparado, y a su modo les decía que lo estaba, y era lo único que podía hacer para no reírse, como si les dijera que, de verdad, iba a perder el control en cualquier momento y se iba a poner histérico o como loco o lo que fuera. Pero ahí estaba: se sentía bien; se sentía cojonudamente bien. Cómodo. Tenso como un cabrón, pero a la vez cómodo. Sonreía. Entonces el pasma número uno sacudió la cabeza y pasó de él, mierda, tío, te voy a romper la crisma de cabrón si te...

Ábrete de una vez, pelmazo de mierda. El que habló fue el pasma número dos; entonces puso la mano en el hombro derecho de Sammy, y Sammy le dio, le soltó un izquierdazo cojonudo, directo en un lado de la mandíbula, y la puta mano, joder, le dolió como si se la hubiera roto. El pasma número uno le agarró, pero Sammy echó el pie atrás y le dio una patada en la pierna, el tipo chilló y se cayó, y Sammy salió por patas porque un minuto más y se le habrían echado encima, me cago en la puta, tío, estas ridículas deportivas eran una mierda y el pobre pulgar del pie le dolía como si se lo hubiera roto y era como una pelota de piiiing pooong a la que le dieran raquetazos

corrió por la calle y cruzó la avenida principal sin mirar ni preocuparse por el tráfico ni por ninguna otra mierda, buscando con la mirada una casa donde meterse joder, un edificio donde meterse; oía a sus perseguidores corriendo tras él y gritando, como si los tuviera pegados a los talones, pero Sammy corría como loco

hasta que resbaló en la acera y casi se cayó, y los otros gritaban: ¡pillad a ese cabrón, pilladlo de una puta vez! Estaban muy cabreados, Menuda mierda, tío. Sammy se reía, aunque sonaba como un lloriqueo en realidad se reía, sí, se reía, en pleno subidón, tan satisfecho de sí mismo..., y entonces las piernas le flojearon, como las de un payaso o una muñeca de trapo, como si fueran a separarse de su cuerpo y estuvo a punto de abrirse de piernas del todo, como un gimnasta, se resbaló otra vez y oyó algo parecido a un crujido en la base de su columna, y se vio en el suelo, despatarrado sobre la acera.

Ante él pasó un carrusel de gente que iba de compras: mujeres y niños, un par de cochecitos de bebé, y todos los pequeños le miraban con sus grandes ojos; luego llegó uno de los pasmas y le dio la impresión de que aunque se esforzaba por controlarse no podía, y le clavó la bota, en el estómago, y luego le dio otra patada.

Sammy no podía salir de allí, boqueó y tragó saliva para respirar, pero no podía; intentó gatear, pero se tambaleó y entrevió al pasma, que retrocedía y se limpiaba la boca con la muñeca; había llegado el otro poli; le pusieron de pie, le metieron en el primer hueco que encontraron, en un edificio viejo junto a un escaparate de muebles. Percibía su agitación, se estremecían de puro cabreo, porque estaban cabreados de verdad, tío; sólo eran dos, menos mal, mierda puta, Sammy intentó pensar, pero estaba jodido, tan jodido que no podía soltarse, no podía, joder, lo habían pillado, lo tenían, aquellos dos tipos lo tenían, una mano le agarraba la nuca, otra la muñeca izquierda y otra le retorció el brazo derecho por detrás de la espalda y era un puro tormento, como si lo estuvieran descuartizando, tío, lo sentía en las articulaciones y a un lado de las costillas; y además oía las respiraciones de los pasmas, jadeos que inhalaban y exhalaban con fuerza. Doblaron una esquina y se metieron en un hueco de la parte de atrás. Pero más vale correr una cortina aquí, no tiene sentido prolongar el tormento.

Cuando hubieron saldado las cuentas, se encontró en un coche patrulla, con unas esposas que le pellizcaban. Todo estaba negro, todo

lo que le rodeaba parecía negro. Lo de siempre, lo de siempre; eso era lo que pensaba, las palabras que le pasaban por la cabeza: lo de siempre. Luego lo metieron en un cuartucho y más de lo mismo.

La primera vez que se despertó se sentía morir. No sabía dónde cojones estaba. Miró a su alrededor, estaba tirado en un suelo que olía a meados, el olor se le había metido en las narices; notó la barbilla empapada y también los lados de la boca, y le dio la impresión de que tenía la nariz llena de mocos, puede que fuera sangre, joder, tío, sangre, dolía un huevo.

Había un carcelero vigilando. Lo notabas.

Pero las putas costillas, tío, ¡y la espalda! Dios, cada vez que respiraba era como una pesadilla.

Estaba tumbado de lado en la litera. ¿Cómo se había levantado del suelo? Había conseguido levantarse, tío; no sabía cómo, pero lo había conseguido. Había una manta, puso la mano encima y tiró de ella, pero no se movió, estaba ajustada, debajo de su cuerpo, mierda, la tenía debajo, cerró los ojos. La siguiente vez que se despertó le costaba más respirar, por los pulmones, ahora le dolían los pulmones, no tanto las costillas. Se quedó tumbado un rato, aspirando muy poco aire cada vez, sin cambiar de postura hasta que empezó a dolerle el lado de la cabeza que tenía apoyado y se puso boca arriba. El carcelero otra vez. A Sammy le pareció que podía ver su ojo en la penumbra. Entonces entró la luz del día. Estaba mirando al techo, veía imágenes en las grietas de la pintura. No tenía calor. Antes se había encontrado bien. Ahora no. No controlaba. Controlaba algunas cosas y otras no, no, no las controlaba, había dejado que se descontrolaran.

Las grietas parecían un mapa. Una tierra extranjera. Había ríos y bosques. Ríos y bosques. ¿Qué clase de tierras serían ésas? Tierras felices, porque hay tierras felices, felices.

Más tarde se había levantado, caminaba hasta la pared y de vuelta otra vez, preguntándose qué día sería porque había tenido un mal rollo con Helen; era posible que lo echara a la puta calle para siempre, tío. Sus cosas estarían ya fuera, en la galería del edificio. Cuando llegara a casa, se las encontraría allí amontonadas. La buena de Helen, tío, ¿qué le vas a hacer?

Dios, su pobre espalda, le estaba matando, la parte de abajo de la columna. Y también las piernas, los muslos por arriba y las rodillas por detrás, pero eran las costillas las que le jodían de verdad

Ahí estaba el carcelero otra vez, el mismo ojo: debía de haber doblado el turno. Sammy empezó a fantasear: le daba pena a aquel tipo; aquí estamos tú y yo, colega, somos camaradas. Voy a traerte un par de pastillas, calmantes, una taza de té y un par de huevos fritos en una tostada, y un buen plato de gachas; y a lo mejor un pitillo, mierda, Sammy se moría de ganas por un pitillo y rebuscó en los bolsillos del pantalón, pero estaban vacíos; que os den por culo, ni siquiera un resguardo de apuestas. Y antes llevaba un collar que ahora había desaparecido también y no se acordaba de si lo tenía cuando se había despertado o se lo habían quitado, ni siquiera de si le había dado por empeñarlo, joder, que no se acordaba, ¿me entiendes?

Sus pantalones: ni se había dado cuenta pero cada vez que movía una pierna estaban a punto de caérsele; su vieja y molona hebilla con la estrella solitaria tampoco estaba, putos cabrones, ¿cómo cojones iba a ir ahora a Texas?, era su puto carné de identidad. Las deportivas estaban debajo del catre; no tenían cordones para que pareciera oficial, que cumplían el reglamento; a él tanto le daba porque los pies también le estaban matando, a quién coño le importaba. Sammy se sacó la camiseta de los pantalones para examinarse el cuerpo, para que el carcelero viera que sabía de qué iba el percal, como si estuviera tomando notas para el futuro, cuando presentara una demanda para que lo indemnizaran, a ver, porque no puedes andar por ahí jodiendo a la gente y esperar que no te demanden por los canales pertinentes, no si eres un funcionario del Estado, no, tío, eso de apalzar a un ciudadano no está permitido.

Tenían mala pinta, los moratones. Se dejó la camiseta por fuera del pantalón y se volvió hacia la puerta; el carcelero seguía ahí: eh, ¿puedo hacer una llamada? ¡Eh!

Dios, tenía la voz ronca. Daba igual. Se chupó la saliva que tenía pegada en el paladar, se la tragó y gritó: eh, ¿qué pasa con la llamada?

El ojo parpadeó un par de veces.

¡Tengo que hacer una llamada! Tengo que decirle dónde estoy a mi mujer.

El carcelero habló. ¿Has dicho algo sobre el reglamento?, ¿eh?, ¿has dicho algo sobre el reglamento?

¿Yo? No.

Ah, muy bien... Mucha gente no tiene ni idea del reglamento. Así que me preguntan. Pero tú lo conoces ya, ¡eh! Muy bien.

Entonces el ojo desapareció. Un cabronazo listo. Sammy volvió a sentarse en el catre. Tenía tantas ganas de mear que iba a reventar. Deshidratado pero con la vejiga a punto de reventarle. Menuda mierda de vida. Se bajó del catre, se arrodilló ante el cubo y se abrió los pantalones; pero temblaba como un jodido idiota y la meada no acertó en el cubo, fue directa al suelo, él dio un salto atrás, y por poco evitó que la picha se le enganchara en la cremallera y se meara por dentro de la pierna del pantalón, me cago en la puta, tío, cómo temblaba, y el líquido fluyó por fuera; se imaginó a los soldados mirando el vídeo, con cuadernos en las manos: «se meó en el suelo». Lo habría limpiado de todos modos, a ver, quiero decir que si iba a tener que quedarse ahí no quería andar en calcetines sobre un charco de meados, por el amor de dios todavía no se había deteriorado hasta ese punto tan chungo. Había un rollo de papel higiénico. Cuando acabó, cogió un buen trozo y secó el suelo. Se arrastró otra vez hasta el catre, y se quedó roque sin haber llegado a alcanzar la almohada. La siguiente vez que se despertó estaba a oscuras otra vez, y le dolía todo, dios, cómo le dolía todo. El cuerpo entero. Y también los putos ojos, le pasaba algo en los ojos, tenía la sensación de que si hubiera luz y estuviera leyendo un libro habría visto doble o algo así; recordó la época en que leía de todo, cosas raras, rollos sobre magia negra y experiencias religiosas de pirados, y un día las letras empezaron a espesarse y cada una se iba hinchando hasta que no quedaba espacio entre ella y la que la seguía: ahora tenía claro que fue una coincidencia pero por aquella época estaba enganchado a otro tipo de rollos, así que se lo tomó de manera muy personal, muy personal, tío, ya sabes de qué va. Le picaba la cabeza. El catre era como un puto váter, la mierdosa manta, qué peste, dios, ¡sucio!, joder, ¡sucio! Con que sólo pudiera lavarse la cabeza; eso era lo que más deseaba en ese momento. Pero lo primero eran los ojos, ése era el problema principal, joder, como si se hubiera quedado ciego, pero la oscuridad impedía que se diera cuenta. Probó algunos cambios. Pero nada, no veía un pijo. Nada. A la mierda. Hizo unas pruebas más. Tampoco nada. Pero en el fondo de su cerebro apareció un extraño recuerdo, como si lo que estaba pasándole fuera algo que él hubiera sabido antes, pero no lo había registrado como un hecho real, como si se tratara de una especie de pesadilla que se desarrollaba a la par que su vida real. Hizo más pruebas, se llevó la mano a la cara. Las dos manos. Se las pasó por toda la cara. Se rascó

la mejilla. Buscó el hueso debajo del cual debía estar su ojo derecho, luego cerró el ojo, se llevó la mano al párpado y lo bajó y subió sin que pasara nada, joder, nada de nada, no veía nada. Miró a su alrededor, buscando resquicios por donde entrara la luz, miró hacia donde suponía que el carcelero podría estar vigilándole, el destello de un ojo quizá, pero nada. Estiró la mano más allá del catre, palpó el suelo y encontró algo, una de las zapatillas; la cogió y se la puso delante de la cara. Joder, qué mal olía, tío, apestaba, pero no podía verla; fueran de quien fueran aquellas putas deportivas no eran suyas, eso lo tenía claro. Pero estaba ciego. Joder qué raro. De locos. Y tampoco tenía la sensación de estar en una pesadilla, eso era lo más raro. Incluso psicológicamente. En realidad se sentía bien, había tenido una especie de ráfaga de nerviosismo, pero nada parecido a un ataque de pánico. Como si sólo se tratara de otra putada más. Dios, si hasta sonreía, sacudía la cabeza al pensarlo, imaginándose cómo se lo contaba a los demás y hacía que Helen se riera; estaría cabreada a más no poder, pero seguro que, con el tiempo, cuando hubieran hecho las paces, le parecería gracioso; la estúpida bronca que habían tenido, un puto malentendido, joder, pero ahora todo estaba arreglado, todo iría bien otra vez, cuando ella lo viera.

Se reía para sus adentros. ¡Cómo coño podía pasarle eso a él! ¡No podía decir que hubiera nacido para la gloria!

En cuanto se le pasó la tontería, empezó a pensar en su situación en términos prácticos: era una nueva etapa de su vida, una evolución, ¡un tiempo nuevo! Tenía que ver a Helen. Necesitaba verla, de verdad, urgentemente, si pudiera verla, hablar con ella, contarle lo que estaba pasando. ¡Un puto nuevo principio, eso era! Se levantó del catre, se puso de pie sin apenas tambalearse. La vida de antes se había acabado, tío, finita, joder, finita del todo. Avanzó a tientas, dando patadas cortas hacia delante, hasta llegar a la pared. Se arrodilló para palpar el suelo, frío pero sólido, sí, frío pero sólido. Puso las palmas de las manos encima; le asaltó la sensación de que estaba en otro rincón del mundo y una música empezó a sonar en su cabeza, música real, de verdad, una música hipnótica, con instrumentos que retumbaban a ritmo tumatumumti tumatumumti tum, tum; tum, ti tum; tu, tum; tum, ti tum, tumatumumti tumatumumti baiong; baiong baiong baiong baiong baiong; baiong, baiong baiong, baiong, baiong baiong. Se echó en el suelo boca arriba y se quedó tumbado sonriendo, pero

luego torció el gesto: dolores punzantes. Se dio la vuelta poco a poco, para colocarse boca abajo y aliviar el dolor; la región lumbar, movió las caderas una pizca; el dolor empezó a disminuir, bajó a la nalga derecha y siguió bajando un poco más hasta que se detuvo, estancado; desplazó las caderas media docena de centímetros más, y el dolor reanudó su viaje, hasta llegar a los tobillos y salir por los dedos de los pies, por el espacio entre las uñas y la carne; y fuera, el dolor salió y él se sintió bien, muy bien, cojonudamente bien, con esa especie de control que ejerces sobre tu cuerpo cuando te duele, así se sobrevive, sí, así. Y siguió una explosión de pensamientos. Con una imagen extraña que puso fin a todo: si esto era permanente no podría volver a verse en toda su vida. Dios, eso era una bestialidad. Y tampoco vería a los demás mirándole. Sí, muy bestia todo. Qué coño importaba, ¿eh?, qué importaba que te miraran los demás cabrones. A quién le importa una mierda. A veces algunos te taladran con la mirada, algunos, no todos; parecen capaces de clavarte una mirada que es más que una mirada: es como cuando eres niño en el colegio y está ahí esa vieja maestra que se toma a mal que tú y los demás mocosos os riáis y gastéis bromas a su espalda y de repente ella se da la vuelta y te mira directamente y te das cuenta de que ella sabe de qué va todo, que sabe lo que está pasando. Lo sabe con exactitud. Y sólo tú te das cuenta. Los demás ni se enteran. Tú la ves a ella y ella te ve a ti. A nadie más. Probablemente la semana que viene le tocará a otro. Pero ahora ella se ha quedado contigo. Contigo. Los chistes dejan de hacer gracia. La cabrona, te está jodiendo, tío. Con una sola mirada. Así de fácil te maneja. Y entonces te ves a ti mismo tal como eres en realidad. Te das cuenta de que te han calado para siempre. Estúpido gilipollas don nadie. Te reías con los demás por miedo, por miedo a quedarte aparte del grupo; eres un cobardica de mierda, ahí, intentando que no se cabree una vieja; triste, tío, qué asquerosamente triste.

¡Ag!

A la mierda, en realidad todos nos cagamos de miedo tarde o temprano. De qué sirve culparte de los problemas de los demás. Tienes que salir adelante y no saldrás adelante si te comportas como un imbécil.

Ahí estaba, Sammy compadeciéndose de sí mismo, pero lo habían reventado a golpes, joder, por lo que más quieras, así de claro.

A veces te haces preguntas, dudas.

Entonces oyó un repiqueteo en el oído. Dos sonidos, los dos a la izquierda; el sonido habitual de la sangre que le subía, pero también otro más abajo, como una sirena de mierda, como un gemido. Al momento se interrumpió y sólo siguió el sonido de la sangre. Al poco empezó a hacerse más agudo. Era como un puto chillido, dios...

La mano le empujó levemente hacia delante. Él se dejó ir. Y una voz decía: no te preocupes. Quienquiera que fuese era un cabronazo sarcástico. A tomar por culo. A Sammy no podía importarle menos. Entonces oyó que ellos se reían. Seguía sin importarle un carajo. ¿Por qué coño iba a importarle? Le hubiera gustado decirles a la cara: que os den, cabrones, me importa una mierda, por mí podéis seguir riendo hasta que os ahoguéis.

Esta vez la mano le empujó con fuerza; le agarró del hombro y le hizo volar hasta tropezar con una silla; se ladeó para evitarla, lo que era una estupidez porque ya había tropezado con ella, y acabó a los pies de un tío que soltó un grito y luego se rió.

¡Nos está atacando otra vez! ¡Tiene cojones el tipo!

Borracho e inútil, dijo otro, pero no quiere reconocerlo y dice que ha perdido la vista por alguna parte.

¿Alguien ha encontrado unos ojos?, ¡este tipo dice que ha perdido la vista!

El comentario fue seguido por ja jás a su alrededor. Todo es cuestión de táctica y éstos eran perros viejos. Y qué. Sammy estaba en una sala caliente y eso era un cambio para mejor. ¿Cómo sabía que era para mejor? Pues porque lo sabía, así de simple. Uno aprende a ver sin ver con estos cabrones. A lo mejor habían pensado que se habían pasado demasiado con él.

Siéntate.

Sammy se quedó donde estaba.

Estás bien, siéntate.

A la mierda, Sammy movió la mano a su alrededor y tocó una silla, la palpó, se sentó y se agarró a los lados del asiento por si alguno de aquellos cabrones tenía la tentación de darle una patada. Le pusieron algo en la mano. Era una cadena. Su cadena, de oro, Helen se la había regalado por su cumpleaños el octubre anterior. La cadena tenía algo de simbólico, no sabía muy bien qué, por lo que era, por lo que signi-

ficaba. La manoseó buscando el cierre y la abrió, se la puso alrededor del cuello y oyó más risas, como si le hubieran engañado, así que se la quitó y volvió a palparla para asegurarse de que era la suya. Pero ¿cómo iba a saberlo?, no podía. Más risas. A la puta mierda, se la guardó en el bolsillo y luego buscó la cremallera de los pantalones para cerciorarse de que no iba con la picha fuera.

Notó que le tiraban algo encima del regazo. La hebilla de la estrella solitaria y unos cordones.

No pasó nada más. Era como si él hubiera dejado de interesarles. Transcurrió un rato. No paraban de ir y venir y oía unos curiosos susurros a su alrededor. Entonces oyó voces; una era de pijo, acento inglés. Más susurros y luego sintió que algo se le acercaba a la cabeza. Se abrieron y cerraron puertas. Tenía la impresión de encontrarse en una especie de oficina grande donde se oían esporádicos ruidos que parecían proceder de algún tipo de altavoz. Y también estaba el sonido continuo del repiqueteo de un teclado de ordenador; y murmullos, gente que murmuraba. Intentó oír lo que decían, pero sus oídos no le respondían y de repente tuvo la sensación de que se iba a caer de la jodida silla, tío, le dio la impresión de que iba a desplomarse y tuvo que agarrarse, concentrándose con todas sus fuerzas para que no sucediera; estaba mareado, iba a desmayarse, por dios todopoderoso qué mierda iba a

una prueba, recordó aquella prueba, de hacía mucho tiempo: era en Londres, para un empleo, y tuvo que presentarse; él y otros diez mil noventa y seis tipos, todos metidos en un largo corredor; la gente los miraba; preguntas estúpidas; el rollo de los conocimientos generales; aquella historia era una memez; y ese gilipollas con un traje elegante que paseaba arriba y abajo: el mediador o algo así, que estaba allí para vigilar que no copiaran, les taladraba con la mirada y lo único que querías era joderle. Menudo gilipollas estaba hecho. Y todas esas preguntas idiotas. Pero te daba la sensación de que había alguna clave que ellos descifrarían en tus respuestas, y entonces toda tu vida quedaría allí, expuesta, con todos tus secretos de mierda; y ellos los estudiarían cuando estuvieras lejos, de vuelta en casa, y pasarían toda la info al banco central de datos.

Esos cabrones. Te gustaría joderles

qué más da. ¿A quién le importa una mierda? La vida se malgasta a la que te descuidas. La cagas y cumples tu condena. Alguien pasó a

su lado. Sammy volvió la cabeza en esa dirección: eh, ¿tienes un pitillo, colega?

Le pusieron un pitillo en la mano. La vieja psicología. El único sitio en que se comportaban como personas era cuando estaban en su oficina de mierda ocupados en sus asuntillos: asalariados, presos, esperando la jodida pausa para el té. Oyó el chasquido de un encendedor. Sammy tenía el cigarrillo en la boca; lo sostenía por la punta a la vez. El encendedor chasqueó otra vez y entonces notó la llama muy cerca y se apartó de un salto:

Lo siento, dijo. El encendedor chasqueó, él acercó los dedos para rozar la llama y empezó a chupar hasta que por fin aspiró humo de tabaco; le llegó a las alas de la nariz y también a los ojos. Gracias, colega, quiso decir, pero, medio atragantado, apenas lo farfulló.

Tienes un cenicero al lado de tus pies...

Sammy seguía atragantándose y el tabaco le subió directamente al cerebro. Volvió a inhalar y se sintió mejor. Que les den a todos; se acomodó en la silla.

Pasó el tiempo. Él permanecía sentado en esa especie de vacío, y los pensamientos se le dispersaban en todas direcciones. Y no todas eran agradables, ni de lejos, se mirara por donde se mirase, porque no había vivido la mejor de las vidas. Puede que no la peor pero desde luego no la mejor. Habías sido bastante estúpido. Y no podías echarle la culpa a nadie más que a ti mismo. Habías vuelto a lo de siempre. No tenía sentido culpar a los pasmas si habías sido tú quien les había entrado; a la mierda, tío, no puedes culparles por haberte calentado. Sammy pudo soltar un puñetazo, era un tipo bastante fuerte, y los nudillos todavía le dolían, como también le dolía el pie derecho, así que ¿a quién iba a echarle la culpa?, ya sabes a qué me refiero, fue él el que se despertó tirado en el callejón. Eso para empezar, tío, fue él el que estaba tirado en el callejón, y ni siquiera sé cómo había llegado allí. Pero nadie le arrastró por la fuerza al bareto ni le obligó a ponerse hasta el culo de priva, eso lo hizo solo, lo hizo controlando. No era un puto idiota, joder; sencillamente se comportaba así, a veces, cuando tenía ganas.

No era cuestión de pedir permiso a nadie, que se jodan.

Y que se joda también Helen.

Estaría cabreada por partida doble. Esta vez estaría cabreada de verdad. Sería como la última gota. Él otra vez en chirona. Eso acaba-

ría de joderlo, no sé si me entiendes, si quieres saber qué hay que tener en la cabeza para entrarle a hostias a los pasmas, ahí lo tienes, ahí está todo, el último gesto de Custer.

La buena de Helen, tío, hay que joderse.

Pero a la gente le dan palizas, claro; nacen, crecen y se joden. Ésa es toda la historia, de la cuna a la pira funeraria.

Historias fascinantes y cuentos de chirona. Aquél sobre los guerreros samuráis, de los tiempos antiguos: a su señor se lo carga un rival, los dos eran aristócratas, Shishkos o Shenkos, o como coño se llamen, y el samurái trama su venganza contra los malos. El jefe, su hijo y todos los de su grupo se separan durante un año y van por ahí como vagabundos, bebiendo, follando y todo lo demás, hasta que el otro tipo y su grupo de malos tienen una falsa sensación de seguridad, se creen que los samuráis buenos se han perdido por ahí y que ya no hay nada que temer. Y entonces, cuando todo está en calma y llega la hora señalada, los guerreros samuráis se reagrupan. Y allí vuelven todos, a cumplir venganza, un año más tarde. Se cargan a los otros tipos. Limpíamente. Pero luego, después de habérselos cargado, se dan la vuelta y se matan ellos también, se hacen el harakiri. Porque una vez muerto su señor, el puto Shishko, una vez ha muerto y una vez los samuráis buenos se han vengado, pues ya está, se jodieron, han cumplido su deber y la partida terminó, capisto, su vida ha acabado, fin de la historia, tienen que destriparse y tal, se clavan la hoja de la espada en las entrañas y se las cortan a trozos.

Una historia verdadera. Según el tipo que se la contó a Sammy. Aunque, bueno, una vez él se la contó a una chica y la cabreó de cojones, se pensó que eran un montón de memeces, que él quería confundirla, que era una forma rara de liarla, de enredarla mezclando su rollo con aquella historia, dios, qué locas pueden volverse las mujeres. Aunque ésa no era Helen, todo sea dicho, pero podría haberlo sido, podría haberlo sido, ya me entiendes. Es raro porque cuentas una historia a la gente para explicar algo y no te entienden, no lo explicas bien, todo acaba en una catástrofe total. Y no sólo no explicas lo que en realidad quieres explicar sino que los demás acaban entendiendo exactamente lo contrario, tío, lo contrario, punto por punto. No es un malentendido, es algo peor, es una puta

tanto da. Claro que a lo mejor la mujer tenía razón porque Sammy había añadido algo de cosecha propia cuando le contó la historia,

algo que había sacado de un libro que había leído sobre un oficial del ejército y su mujer, que acabaron igual, destripándose y tal, porque el deber y el amor se mezclaron. Así que era posible que ella tuviera razón y él sólo quería enrollársela. ¿Y qué? ¿Qué coño tenía de malo? Tíos y tías. Haces tus tonterías, joder, qué tiene de malo. Además alguna gente nunca se da por contenta si no te suelta su rollo. Sobre todo las mujeres, aunque también los cabrones de clase alta. No jode mucho si conoces al tipo pero es una pesadez si son cabrones desconocidos: estás hablando con ellos en un pub o por ahí, ya sabes, y está bien si es tu mujer o tu novia, tu puta abuela o alguien por el estilo, pero algunas de las otras tías, joder, se creen que saben, se creen que saben y no tienen ni puta idea.

Título de la edición original: *How Late It Was, How Late*
Traducción del inglés: Vicente Campos

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S. L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S. A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: septiembre 2013

© M & J Kelman, 1994
© de la traducción: Vicente Campos, 2013
© Galaxia Gutenberg, S. L., 2013
© para la edición club, Círculo de Lectores, S. A., 2013

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: CAYFOSA- Impresia Ibérica
Depósito legal: B.15333-2013
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-15472-92-6
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5599-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)